EL CHISTE.

COLECCION

DE OBRAS CÓMICAS Y DRAMÁTICAS.

MEDICINA CASERA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

DON CARLOS TRIGO.

MADRID.—1872.

ADMINISTRACION: TEATRO DE VARIEDADES.
MAGDALENA, 40.

MEDICINA CASERA.

MEDICINA CASERA.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA ORIGINAL

DE

D. CÁRLOS TRIGO.

Estrenada con gran aplauso en el Teatro de Variedades
la noche del 7 de Octubre de 1872.

MADRID: 1872.

IMPRENTA DE DIEGO VALERO.
SOLDADO, 4.

PERSONAJES. | ACTORES.

PERSONAJES.	ACTORES.
MATILDE.	D.ª CONSUELO TORRECILLA.
ADRIANA.	JUANA ESPEJO.
LUIS.	D. JOSÉ VALLÉS.
PABLO.	ANDRÉS RUESGA.
UN CRIADO.	ALFREDO RUIZ.

La accion se supone en Madrid y en nuestros dias.

ACTO ÚNICO.

Sala elegantemente amueblada. Puerta de entrada al fondo, y otra á cada lado. Es de dia.

ESCEÑA PRIMERA.

ADRIANA, sentada y leyendo. PABLO á su lado.

PABLO. Pero prima, deja ese libro, hija mia. Hace más de media hora que me encuentro á tu lado y ni siquiera te has dignado dirigirme dos palabras.—Nada!... Pues señor, buen papel estoy haciendo. (Se levanta incomodado.) Esto es atroz!... Quién dirá que somos dos amantes?

ADRI. Conoces *El Judío Errante?*

PABLO. El judío errante? No, no conozco mas judios que los que prestan dinero al cincuenta por ciento.

ADRI. Es imposible; no nos entendemos. (Levantándose.)

PABLO. Me gusta! y apenas hemos hablado!

ADRI. Hombre prosáico!

PABLO. Ya pareció aquello.

ADRI. Si yo te hablo de esta novela.

PABLO. Ah!

ADRI. (Remedándole.) Ah! Y á este hombre he de darle yo

mi mano?... Imposible; no es mi tipo, vamos, no es mi tipo.

PABLO. Con que no soy tu tipo... eh?

ADRI. No, primo, no; yo quisiera que fueses así... más poético, más espiritual... pero cá! si eres lo más prosáico y más...

PABLO. Dale bola! Y qué quieres que haga yo para ser espiritual? No voy al Real todas las noches? No aplaudo á rabiar en la *Traviatta*?.. Vamos á ver.

ADRI. Y te gusta, no es verdad?

PABLO. Si me gusta la que hace de Traviatta? Vaya si me gusta! sobre todo, cuando canta el brindis... (Cantándolo con desentono.)

ADRI. Por Dios, por Dios, calla.

PABLO. No lo hago bien?...

ADRI. Tan bien, que si sigues, me dá un ataque de nervios.

PABLO. Muchas gracias. Pues señor, me luzco!

ADRI. Vamos, no se puede hablar contigo.

PABLO. Pero...

ADRI. Si yo me refiero á Margarita... al tipo que representa.

PABLO. Ah! ya... al tipo. Vuelta con el tipo!

ADRI. Sí, á aquella mujer romántica y apasionada, como estaría yo de tí, si no fueras un hombre tan...

PABLO. Tan qué? acaba.

ADRI. Tan vulgar.

PABLO. (Cuando le digo á usté que la adoro!)

ADRI. En fin, si ya que no otra cosa, tuvieras un nombre más simpático... si al menos te llamaras Arturo...

PABLO. Y no te gusta mi nombre? Pablo, Pablito... vea usted... y yo creia que era tan mono!

ADRI. Y qué lástima de busto! A ver, ponte de perfil... así. (Si yo lograra domesticarle... probemos.) Oye, vas á hacer lo que te mande?

PABLO. Con mucho gusto.

ADRI. Es un ensayo; y si correspondes á mis deseos, aún podremos ser buenos amigos.

PABLO. No ambiciono otra cosa.
ADRI. Pues bien, supongamos que te llamas Arturo.
PABLO. Bueno, me llamo Arturo. (Se empeña en ello...)
ADRI. Y que vienes á verme despues de haberte batido con tus perseguidores, porque tienes muchos rivales que te disputan mi mano.
PABLO. Corriente.
ADRI. Por fin llegas aquí. (En ademan trágico, que Pablo remeda.)
PABLO. Bien.
ADRI. Era de noche.
PABLO. Y sin embargo llovia.
ADRI. Que me enfado!
PABLO. Pues bien, no llovia.
ADRI. La estancia se encuentra á media luz; yo estoy aquí meditando: tú entras por esa puerta. (Señalando la del fondo.) Me ves, y te arrojas á mis plantas exclamando: ¡Adriana mia!
PABLO. Bueno, bueno, ya estoy; allá vá.
ADRI. Veamos. (Se sienta.)
PABLO. Adriana mia! (Figurando entrar y arrodillándose de un modo ridículo.)
ADRI. Eh!... aparta de aquí; esto es insufrible. (Levantándose incomodada.)
PABLO. Pero Adriana...
ADRI. No me comprende... vamos, no es mi tipo.
PABLO. Pero... (Sigue arrodillado.) Esto me faltaba.

ESCENA II.

ADRIANA, PABLO, MATILDE.

MAT. Calla! Estais ensayando algun drama?
PABLO. Sí... una trajedia.
MAT. Yo pensé que te habias ya marchado.
PABLO. Sí, sí, ya me iba, pero Adriana me ha entretenido....
ADRI. Yo!...

PABLO. No: yo he sido el que me he entretenido. (No te enfades y te traeré un ramo de camelias.) Con que prima, adios; ya me voy; adios Adriana.

MAT. Adios.

ADRI. Abur. (Sin mirarle.)

PABLO. Qué linda es!

ESCENA III.

ADRIANA, MATILDE.

MAT. Parece que Pablito se va ya animando.

ADRI. Sí. (Con indiferencia.)

MAT. Es un guapo chico y te hará muy felíz.

ADRI. Chist!

MAT. Sencillo, cariñoso, y muy dócil sobre todo, que es lo que conviene á una mujer.

ADRI. Hé ahí precisamente porqué no me gusta á mí. Un marido simple, pegajoso... Líbreme Dios! Yo quiero un hombre de mundo... un hombre, en fin, que brille en la sociedad.

MAT. Ay, pobre hermana mia! Quieres un hombre de mundo? Mísera de tí si tal llega á sucederte! Un hombre de mundo! es decir, un hombre que vive para todos menos para su mujer!... Dios te libre, hermana mia, de un hombre semejante.

ADRI. Qué quieres! es mi bello ideal.

MAT. Algun dia te pesará: desgraciadamente sé ya por experiencia propia lo que son esos hombres. Aquí tienes uno de ellos.

ESCENA IV.

ADRIANA, MATILDE, LUIS.

LUIS. Matilde, venia á decirte que no me esperes á comer.

MAT. Tambien hoy?

LUIS. Qué quieres que le haga, hija? Un compromiso, al que no puedo faltar, me obliga á salir de casa.

MAT. Pues! lo mismo sucedió ayer, y anteayer y todos los dias! Es decir, que para tí todos los compromisos son sagrados menos los que contraes con tu mujer!

LUIS. Volvemos á las andadas? Ya te lo he dicho mil veces, Matilde; los hombres no podemos vivir siempre cosidos á las faldas de nuestras mujeres; tenemos deberes... exigencias...

MAT. Deberes!... exigencias!... pues mira, Luis, esto no puede seguir así.

ADRI. Uf!... la prosa del matrimonio...

ESCENA V.

MATILDE, LUIS.

MAT. Sí, Luis, esto no puede seguir así. Hace seis meses que nos hallamos casados, y no he podido lograr en todo este tiempo que salgas conmigo seis veces solamente; apenas hay dia que comes con tu familia; te retiras á deshora, y haces ni más, ni menos, que la vida del calavera solteron, y no te acuerdas siquiera de que existo yo en el mundo. Esto no es regular, no señor, no es regular.

LUIS. Pero te impido yo que salgas con tu hermana?

MAT. Y qué hemos de hacer las dos solas? No hay duda que el remedio es oportuno.

LUIS. De modo...

MAT. De modo que mientras tú te diviertes y vives á tu gusto, yo me estoy aquí siempre aburrida y encerrada. Cualquiera diría que estamos divorciados! El otro dia vino muy apurada la de Sandoval creyendo encontrarme enferma. Como no se me vé en ninguna parte... Y le dije la verdad.

LUIS. Eso es, me habrás puesto en ridículo.

MAT. No, tú eres el que me pones á mí contínuamente con tu conducta para conmigo.

LUIS. Pero ven acá, hija mia.—Quieres que te lleve al Casino?... quieres que te lleve á nuestras expediciones de campo donde se fuma, se bebe...

MAT. Lo que quiero es que sepas que esta vida de aburrimiento que llevo, no puede seguir así.

LUIS. Y yo te repito, que no me he casado para ser esclavo de tus ridículas exigencias.

MAT. Pues bien, desde hoy en adelante yo tampoco lo seré de las tuyas, y viviré segun me acomode.

LUIS. Te guardarás muy bien.

MAT. Es decir, que vosotros los maridos, teneis solamente derecho para hacer cuanto os parezca?

LUIS. No hay más que tener paciencia; así está establecido y no he de alterarlo yo.

MAT. Pero eso es una tiranía.

LUIS. Eh! (Enfadado y tirando del cordon de la campanilla.)

MAT. Lo diré mil veces; sí señor, una tirania.

LUIS. Vamos, Matilde, no me apures la paciencia.

MAT. Te incomodas, eh? me alegro.

CRIADO. Señor... (Saliendo.)

LUIS. Mi baston y mi sombrero.

CRIADO. Está bien. (Váse.)

LUIS. Repito que no puedo faltar á los compromisos que me imponen mis amigos.

MAT. Antes que todo es su mujer de usted.

LUIS. Dale bola! lograrás que me aburra.

MAT. Puedes hacer lo que gustes. Oh! si yo lo hubiera sabido, no me hallaria casada con un tirano para quien su mujer no es nada en el mundo. (Sentándose.)

LUIS. Esto es insufrible; me voy. (Váse.)

ESCENA VI.

MATILDE.

MAT. Y se vá!... y me deja asi el ingrato! Oh!... esto no

puede continuar más tiempo del mismo modo; es preciso luchar, pero en otro terreno... (Pausa.) La de Sandoval dice que para atraer á los hombres hay que herir su amor propio... esto es, manifestarles desvío... dar preferencia á otro... Sí, sí, este es el mejor medio... Pero cómo he de llevarlo á efecto?... yo no veo á nadie... aquí no viene hombre ninguno... de quién pudiera yo valerme? (Viendo á Pablo en el foro.) Ah! Pablo: perfectamente; este va á servirme de instrumento. Probemos.

ESCENA VII.

MATILDE. PABLO.

PABLO. Prima, si incomodo...

MAT. De ninguna manera; pasa, Pablo, pasa.

PABLO. (Qué amable está el tiempo!)

MAT. Hola! qué es eso, flores?

PABLO. Sí, unas camelias que habia ofrecido á Adriana; pero si tú las quieres iré por otras. La calle de Sevilla está cerca, y en un salto...

MAT. Muchas gracias; no te incomodes.

PABLO. Como gustes.

MAT. Pablo, ven, siéntate. (Deja el ramo sobre la mesa y se sienta.) Más acá. (Se acerca con temor.) Más acá, hombre.—Tú amas á mi hermana, la verdad.

PABLO. Yo... prima?... yo te juro que... (Debo estar como un pavo.)

MAT. No te apures, hombre, no te apures; no creas que yo me enojo; antes al contrario, pienso protejer tus amores.

PABLO. Tú, prima, tú!... Y yo que creia que me hacias la guerra!... Vamos, si soy lo más zopenco y más...

MAT. Pues no me opongo, y en prueba de ello, ofrezco añadir á la dote de Adriana un buen regalo de boda.

PABLO. De veras? Ay prima mia! incomparable prima! no

sabes el placer y la alegría... y el... y la... yo no sé lo que me digo.

MAT. Sí: te casarás con Adriana, más con una condicion.

PABLO. Aceptada desde luego.

MAT. Es que...

PABLO. Nada, nada, paso por todo.

MAT. Pues bien; para obtener mi completa proteccion y casarte con Adriana, es necesario antes que...

PABLO Qué?... acaba.

MAT. Escucha... (Hablándole al oido.)

PABLO. Cómo? (Levantándose sorprendido.)

MAT. Ya lo sabes...

PABLO. Pero prima...

MAT. Lo dicho dicho.

PABLO. Pero, señor, es posible...

MAT. O aceptas, ó retiro mi promesa,

PABLO. Pero...

MAT. Nada, nada, está resuelto.

PABLO. Pues señor, no habrá otro remedio. Pero si Adriana lo sabe me va á arañar. Sí, sí, buena es ella.

MAT. No tengas cuidado, no te arañará, yo te lo aseguro.

PABLO. Entonces bien, prima, como quieras. Pero delante de Adriana...

MAT. Delante de ella, no temas.

PABLO. Y delante de tu marido?

MAT. Delante de mi marido más que nunca: es condicion precisa.

PABLO. Pero prima, estás en tu juicio? no ves que...?

MAT. Imbécil! qué has creido que voy á hacer?

PABLO. Eh?... no entiendo... (Levantándose y mirando como si alguien escuchara.)

MAT. No ves que esto es una farsa?

PABLO. Una farsa? (Idem.)

MAT. No lo habias sospechado?

PABLO. Ahora lo entiendo menos.

MAT. Ni hace falta que lo entiendas. Cumple lo que te digo y no quieras saber más.

PABLO. Pues señor, no lo entiendo.

MAT. Ya sabes tu papel: mucho descaro, y si Luis te dice algo, háblale gordo, muy gordo, y miéntele mucho, mucho; yo te autorizo.

PABLO. Y si...? (Haciendo ademan de pegar.)

MAT. Nada temas, yo lo arreglaré.

PABLO. Y si...? (Señal de una estocada.)

MAT. Repito que nada temas. (Mirando hácia dentro.) Aquí viene él; pórtate bien, sino no hay boda.

PABLO. Lo dicho, no lo entiendo. (Se sientan juntos y figuran hablar con interés.)

ESCENA VIII.

MATILDE, PABLO, LUIS.

LUIS. (Calle! qué entretenida está mi mujer con su primo!.. Y parece que el asunto es de interés. (Pausa.) Nada, ni reparan que estoy aquí... de qué hablarán?

MAT. (Acércate más.)

LUIS. (Digo! y él se arrima! Como que ya me voy amoscando...)

MAT. (Cójeme la mano.)

LUIS. Y le toma la mano!

MAT. (Bésala.)

PABLO. (Pero...) (Mirando con recelo á Luis.)

MAT. (Anda, hombre.)

LUIS. Y se la besa! Oh! esto ya pasa de castaño oscuro. (Se adelanta tropezando en una silla, que deja caer.)

MAT. Ah! eres tú? (Con indiferencia.)

LUIS. Sí, yo soy; no me habiais visto, segun eso?

MAT. Yo no.

PABLO. Ni yo tampoco.—Palabra.

LUIS. No lo extraño; estábais tan engolfados en vuestra conversacion...!

MAT. No, nada de eso.

LUIS. Y debia ser muy interesante lo que hablábais; al menos por lo arrimaditos que os he visto.

PABLO. (Ya se nubla.)

MAT. No, si es que este Pablo tiene unas ocurrencias que, já! já!

LUIS. Y á tí te hacen gracia, segun veo, las ocurrencias de Pablo?

MAT. Mucha, mucha; no es verdad, Pablo? já! já! já!

PABLO. Mucho... jí! jí! jí! (Con risa forzada y mirando con temor á Luis.)

LUIS. (Se están burlando de mí!... Prudencia!)

MAT. (Duro en él!)

CRIADO. (Saliendo con el baston y el sombrero.) Señor...

LUIS. Qué hay?

CRIADO. El sombrero y el baston que me ha mandado traer.

LUIS. Pues vuélvetelo á llevar; no salgo.

CRIADO. Está muy bien. (Váse.)

MAT. No sales ya?

LUIS. No, no salgo ya: te pesa?

MAT. A mí? de ningun modo; pero como me dijiste que ibas no sé dónde, y no comias hoy en casa...

LUIS. Pues ya no me voy, y como hoy en casa. Creo que puedo hacer lo que me parezca más conveniente.

MAT. Sin duda alguna.

PABLO. (Ya truena.)

MAT. Yo habia dicho á Pablo que nos acompañara hoy á la mesa; eso de estar una sola siempre es tan fastidioso... pero por mí no lo dejes; podrias faltar á tus compromisos...

PABLO. Es verdad; podias faltar á tus compromisos...

LUIS. (Hola! me echan. Se conoce que estorbo: tentemos otro medio.) Teneis razon; voy á marcharme. (Llama.)

MAT. Yo lo hago únicamente por tí; no quiero que digas despues que yo te detengo.

PABLO. Eso es, no queremos que digas que te detenemos.
LUIS. Ya lo supongo.
PABLO. Por lo demás, tú estás en tu casa...
LUIS. Sí, eh?
CRIADO. Señor. (Saliendo y parándose á la entrada.)
LUIS. El sombrero y el baston.
CRIADO. Está muy bien. (Váse.)
MAT. Con que te vas?
LUIS. Sí, me voy.
PABLO. Pues anda, hombre, no hagas falta.
LUIS. Mil gracias: veo que os cuidais mucho de mí, y no puedo menos de agradecer un interés tan... tan... tan...
MAT. Cómo! Tocas el tamboril? Já, já já!
PABLO. Jí, jí, jí!
LUIS. Lo que me parece que voy á tocar son las costillas de algun insolente que me está escuchando.
PABLO. (Esto lo dice por mí.)
MAT. No comprendo... pero, calla! qué cara tan fea pones... Já, já!
LUIS. Señora, basta ya de risas; hace rato que debió usted haber comprendido en mi lenguaje que lo he visto todo, y que no soy hombre que acostumbro á tolerar agravios de ningun género.
PABLO. (Ya estalló.)
MAT. Cómo?...
LUIS. Me parece que bastante me he explicado.
MAT. Pues yo tampoco estoy acostumbrada á escuchar frases de ese género, ni á ser el blanco del mal humor de usted. Beso á usted la mano.

ESCENA IX.

PABLO y LUIS.

Se quedan mirando un momento, y de pronto Pablo se pone el sombrero como para marcharse.

PABLO. Vuelvo.

LUIS. Alto ahí; no se marcha usted.
PABLO. Si vengo enseguida.
LUIS. Quieto aquí.
PABLO. (Pues señor, me ha dejado en las astas del toro.) Nada, hombre, no te apures, ya no me voy. Quieres una breva? (Sacando la petaca.)
LUIS. Muchas gracias.
PABLO. Anda, toma.
LUIS. He dicho que muchas gracias.
PABLO. Como gustes. (Encendiendo un cigarro.)
CRIADO. Señor... (Saliendo con el baston y sombrero.)
LUIS. (Paseando sin atender al criado.) Fíese usted de las mujeres.
CRIADO. Señor... (Siguiéndole.)
LUIS. Fíese usted de las gatitas muertas.
CRIADO. Señor...
LUIS. Y aun se atreve á alzarme el grito... aun me... (Tropieza con el criado.) Qué es eso? qué traes tú?
CRIADO. El sombrero y el baston.
LUIS. Llévatelos otra vez.
CRIADO. Está muy bien. (Váse.)
LUIS. Diga usted, señor mio. (Bruscamente.)
PABLO. Hombre, cuidado.
LUIS. Por quién me ha tomado usted?
PABLO. Yo?... por un primo.
LUIS. Por un primo, eh?
PABLO. Digo: siendo marido de mi prima, no sé...
LUIS. Pues este primo, no tolera que nadie le emprime; estamos?
PABLO. Hombre, lo que es yo... (Tomando de pronto una actitud provocadora al ver á Matilde que le hace señas oculta detrás de un portier.) Bien, y á mí qué?
LUIS. Cómo y á mí qué?
PABLO. Sí, señor.
LUIS. Me gusta la frescura! piensas que estoy dispuesto á tolerar tus ofensas, miserable?
PABLO. Las apariencias engañan, caballero.

LUIS. Apariencias! No acabo yo de verlo ahora mismo?

PABLO. Y qué has visto, vamos, qué has visto?

LUIS. No estabas cuando yo he entrado al lado de mi mujer?

PABLO. Bien, eso no es nada.

LUIS. No le hablabas al oido con misterio?

PABLO. Tampoco eso es nada.

LUIS. No le has besado la mano?

PABLO. Nada, hombre, nada; lo que has visto no es nada entre dos platos.

LUIS. Conque entonces... Vamos, este quiere que yo le sacuda el polvo.

PABLO. Ea, y qué más has visto?

LUIS. Mira, hablemos claro; no soy hombre que parte de ligero, y antes de tomar un partido, necesito cerciorarme. Dí, qué hablabas con mi mujer cuando yo entré?

PABLO. Nada, hombre, nada. Estos maridos son lo más curiosos...

LUIS. Tengo derecho á saberlo.

PABLO. Pues bien, le decia... (Qué le diría yo á su mujer?) Ah! sí, le decia que es muy linda, que tiene buenos ojos, y que me gusta mucho, ea! (Allá va eso!)

LUIS. Conque te gusta, eh?

PABLO. Sí señor; no porque sea tu esposa debe parecerme fea.

LUIS. Y á ella no le desagradaba que se lo dijeras?

PABLO. Hombre, lo que es á ella... (Viendo á Matilde que le anima.) lo que es á ella... no le habia de agradar, si yo soy su tipo?

LUIS. Tú?

PABLO. Sí, hombre, yo. Cuántas veces me ha dicho mirándome con aquellos ojos tan dulces y tan graciosos que tiene: «Ay Pablo! Cuán feliz hubiera sido yo contigo!... Por qué no has venido antes á la Córte?» (Ahora me atiza.)

LUIS. Mil rayos!—Y qué más?

PABLO. Qué más? Vaya usted á recordar lo que desde hace seis meses habrá pasado entre nosotros.

LUIS. Seis meses! Luego sus celos eran finjidos?

PABLO. Quién lo duda.

LUIS. Luego me estaba engañando?

PABLO. Pues es claro, hombre.

LUIS. Y yo tan confiado... tan necio...

PABLO. Toma, toma; si eso está ocurriendo todos los dias... Si creerás tú que eres solo el primo que hay en el mundo? bah, bah! eso es moneda corriente, hombre.

LUIS. Y este ramo que no estaba aquí antes, se lo has regalado tú?

PABLO. (Adios, el ramo de Adriana!)

LUIS. Responde.

PABLO. Sí, no te parece hermoso?

LUIS. Pues mira lo que hago de él, y otro tanto voy á hacer contigo. (Cogiendo el ramo y pateándole.)

PABLO. (Ya se armó.)

LUIS. Señor primo, es usted un canalla!

PABLO. Es una indirecta, señor mio?

LUIS. No lo estás comprendiendo?

PABLO. Es que yo no tolero ancas de nadie, y que ni tú, ni todos los primos de este mundo, me importan á mí un bledo. Sí señor, ya está dicho.

LUIS. Pues bien, lo veremos.

PABLO. Vaya si lo veremos.

LUIS. Ahora mismo. (Haciendo ademan de salir, que imita Pablo.)

PABLO. Ahora mismo, aquí y en donde quieras; pues no faltaba más, hombre!

LUIS. Me dará usted una satisfaccion. (Con grande acaloramiento hasta el fin de la escena.)

PABLO. Usted me la dará á mí.

LUIS. Usted me falta.

PABLO. Y usted me sobra.

LUIS. Sí señor.

PABLO. No señor.

ESCENA X.

PABLO, LUIS, ADRIANA.

ADRI. Qué es esto? (Desde la puerta.)
LUIS. Es usted un miserable!
PABLO. Y usted un... un...
LUIS. Le voy á romper á usted las costillas. (Tomando una silla.)
PABLO. Tira, tira. (Idem.)
LUIS. Infame!
ADRI. Deteneos, insensatos! (Colocándose entre los dos.)
PABLO. Ya estoy detenido. (Deja la silla y Luis.)
ADRI. Qué es esto? Qué suceso extraordinario ha venido á turbar la paz del hogar doméstico? Responded.
LUIS. Que te lo cuente tu primo.
PABLO. Que te lo diga tu cuñado.
LUIS. El es el que...
PABLO. El ha sido quien...
LUIS. Quieres saberlo todo?
ADRI. Lo exijo.
LUIS. Ves ese hombre? (Tomando á Adriana de la mano.)
ADRI. Sí.
LUIS. Pues ese hombre, ha tenido la osadía de hacer la corte á tu hermana... á mi mujer... y aquí, en mis propias barbas.
ADRI. Horror!
LUIS. Yo le he sorprendido en amoroso coloquio con ella; yo mismo le he visto besándole la mano.
ADRI. Horror!... horror!
LUIS. Y yo mismo voy á vengar mi ofensa con la vida de ese infame.
ADRI. Un lance de honor!
PABLO. (Esto marcha.)
LUIS. Voy á preparar mis pistolas, y dentro de un instante saldremos para batirnos.

PABLO. (No te hará daño.)
LUIS. Hasta luego. (Estrechando la mano á Pablo.)
PABLO. Hasta luego. (En qué vendrá á parar esto?)

ESCENA XI.

PABLO, ADRIANA.

ADRI. Mírame bien. (Trayéndole á un lado.)
PABLO. Ya te miro. (Esta es otra.)
ADRI. Te acuerdas de Saffo? (Ademan trágico.)
PABLO. No me acuerdo. (Remedándola.)
ADRI. No te acuerdas de aquella infeliz amante, que abandonada por el pérfido Faon, se arrojó del salto de Léucade?
PABLO. No me acuerdo.
ADRI. Pues bien, no importa. Saffo murió de desesperacion por un hombre indigno de ella; yo no te amo á tí ni la vigésima parte, pero dá lo mismo.
PABLO. Muchas gracias.
ADRI. Me encuentro burlada, escarnecida, y no sobreviviré á esta afrenta. Moriré como Saffo; pero como aquí no hay saltos de Léucade, tomaré un veneno... sí, dáme un veneno.
PABLO. No lo tengo. (Registrándose los bolsillos.)
ADRI. Pues bien, yo le buscaré; sí señor, le buscaré y tú tendrás la culpa de mi muerte.
«Que haya un cadáver más,
qué importa al mundo!
Adios!

ESCENA XII.

PABLO, MATILDE, puerta lateral.

PABLO. Prima, vén por Dios, que Adriana va á suicidarse.
MAT. No lo creas.
PABLO. Ha dicho:
«Que haya un cadáver más

qué importa al mundo!»
Ya ves, ¿qué indica esto?

MAT. No temas nada; yo la tranquilizaré.

PABLO. De veras? Respiro por este lado; pero y el otro?

MAT. Quién?

PABLO. Tu marido, que quiere que nos batamos?

MAT. Quiere batirse?...

PABLO. Sí, y á muerte, ya ves!

MAT. De veras? cuánto me alegro!

PABLO. Te alegras? pues está bueno; esto me gusta.

MAT. La cosa marcha.

PABLO. No, yo soy el que me marcho.

MAT. Repito que nada temas: sigue del mismo modo, que cuando llegue el momento oportuno yo saldré á componerlo.

PABLO. Y si entretanto me rompe provisionalmente una pierna tu marido, qué me dirás?

MAT. O me obedeces, ó no hay nada de lo dicho.

PABLO. Obedezco: pero estoy seguro de que me rompe una pierna: lo vas á ver.

MAT. Que viene!... (Mirando por el fondo y escondiéndose detrás de un portier.)

PABLO. Hagamos de tripas corazon.

ESCENA XIII.

PABLO, LUIS.

LUIS. Caballero... (Dejando sobre una mesa un par de pistolas.)

PABLO. Que se ofrece?

LUIS. Aquí están las pistolas; con que cuando usted guste, en marcha. En el Casino encontraremos dos amigos que nos sirvan de testigos. (Llama.) Un coche nos conducirá á la Moncloa, y una vez alli...

PABLO. Allí qué?

LUIS. Dejaremos de existir uno de los dos.

PABLO. Ave María Purísima!

CRIADO. Señor... (Desde la puerta.)

LUIS. Mi sombrero y mi baston.

CRIADO. Está muy bien. (Váse.)

PABLO. Hombre... no podríamos dejarlo para la semana que viene?

LUIS. No señor; el duelo ha de ser ahora mismo, y á muerte.

PABLO. A muerte, eh? pues me alegro, sí señor, me alegro; hace tiempo que tengo el deseo de matar un hombre, y hoy voy á cumplirlo. (A ver si le asusto.)

LUIS. Entonces en marcha. (Saliendo.)

PABLO. Y dígame usted, no podríamos almorzar antes?.. tengo un apetito... ah!... (Bosteza.)

LUIS. Tiene usted miedo por ventura, cobarde?

PABLO. Yo cobarde? cobarde yo, cuando soy capaz de merendármelo á usted ahora mismo... cobarde! me ha hecho gracia la frase, hombre!

LUIS. Pues vamos al campo.

PARLO. Sí señor que iremos al campo: pues no hemos de ir al campo!... (Y esa mujer que no sale!...)

LUIS. Marchemos.

PABLO. Cuando usted guste: vaya si iremos al campo! no faltaba más! (Moviéndose mucho, pero sin salir.)

LUIS. Pero vamos ó nó, con mil demonios?

PABLO. Pues es claro que vamos. (Nada, no sale! Sentándose.)

LUIS. Ande usted.

PABLO. No señor, usted.

LUIS. Usted ha de ir delante.

PABLO. De ningun modo.

LUIS. Que no? Pues lo veremos. (Empujándole hácia la puerta del foro, Matilde los detiene.)

ESCENA ÚLTIMA.

PABLO, LUIS, MATILDE. Luego ADRIANA.

MAT. Alto! no sale nadie de aquí.

PABLO. (Graciàs á Dios!)

LUIS. Apártese usted, señora.

MAT. Os prohibo que salgais.

LUIS. Imposible: tenemos que ventilar un asunto de honor.

PABLO. Eso es: tenemos que ventilar un asunto de honor y nos vamos al campo.

LUIS. Marchemos.

PABLO. Sí, marchemos á vencer ó morir. (Ahora ya no hay miedo.)

MAT. Basta ya. (Bajo á Pablo.)

PABLO. Entonces, toda vez que este caballero me ha dado sus excusas, desisto ya del duelo.

LUIS. Cómo?... yo te he dado excusas?

PABLO. Basta, hombre, basta: me doy por satisfecho... no hablemos más del asunto.

LUIS. Al contrario, salgamos.

MAT. Atrás. (Interponiéndose. Sale Adriana por la puerta lateral, á tiempo que Luis se dirige á ella con Pablo.)

ADRI. Atrás.

LUIS. Qué significa esto?

MAT. Esto significa que he querido curarte de tu desvío, y he puesto en práctica una medicina casera que me ha producido el más saludable efecto... qué te parece?

LUIS. Es decir que era un complot?

ADRI. Precisamente: un complot en el que yo he figurado sin saberlo.

LUIS. De manera que Pablito...

MAT. Pablo no ha sido más que el dócil instrumento de mis planes.

LUIS. Y yo que pensaba... Já, já!

PABLO. Y se rie!... mire usted qué gracia!

LUIS. Es claro, tú tan inofensivo y tan...

PABLO. Sí?... pues mira, de donde menos se piensa salta la liebre.

LUIS. (Demonio! tiene razon; no juguemos...)

CRIADO. Señor. (Saliendo con baston y sombrero.)

LUIS. Qué hay?

CRIADO. El sombrero y el baston.
LUIS. Vuélvetelos á llevar; no salgo ya.
CRIADO. Está muy bien. (Váse.)
MAT. No sales ya? gracias á Dios!
LUIS. No, no salgo. Hoy comeré contigo.
MAT. Hoy nada más?
LUIS. Y todos los dias; estos instantes me han dado á conocer lo que sufriría si hubiese sido verdad lo que acaba de pasar.
MAT. Y quién tendria la culpa?
LUIS. Yo, es cierto, perdóname. (Estrechándole las manos.)
PABLO. Y yo no merezco tambien alguna recompensa?
ADRI. Veremos... más adelante...
PABLO. Pues mira; desespérame y verás. A bien que ya me he ensayado haciendo la córte á tu hermana, y si me propongo verificarlo de veras...
LUIS. ¡Cómo!
PABLO. Con otra!... Conque vamos, puedo esperar que seas mia?
ADRI. Bien, accedo.
LUIS. Bravo: Y tú estás contenta?
MAT. Oh! Mucho. (Al público.)

Si algun dia, señoras,
su mala suerte
hace que sus maridos
se les subleven,
ya han observado
de mi fácil receta
los resultados.

FIN.



